

LA MODA EXISTENCIALISTA

Por JUAN DOMINGUEZ BERRUETA

EL profesor racionalista de Leipzig Hans Driesche, en su *Metafísica*, tres años antes de la obra de Heidegger, afirmaba lo siguiente: «Nuestra época necesita una metafísica... Desgraciadamente, es grande el peligro de que las metafísicas del capricho vuelvan a estar de moda.»

Y actualmente, desde el campo católico, dice el P. Ismael Quiles, S. J., de la metafísica existencialista: «Aunque se trata de una moda, no se puede ignorar su realidad.» Y la estudia de un modo objetivo, imparcial y sereno, en la Biblioteca de Filosofía Contemporánea, que dirige en Buenos Aires.

A su ejemplo hacemos el presente ensayo, informándonos antes de los mejores autores críticos que han tratado de filosofía existencialista o de temas íntimamente relacionados con ella.

Sin petulancia ninguna, que nos es, de nacimiento, profundamente antipática, pero con la ingenuidad de una sincera convicción, lo vamos a exponer del todo al margen de esa moda intelectual. Queremos decir que no nos dejamos llevar de la corriente.

Y de antemano pido perdón a los que mantengan opinión contraria, que no dudo en suponer sepan más que yo de estas cosas.

Decía, con no poca gracia, un monje cisterciense del siglo XVIII, en su curiosa obra *Molestias del trato humano*, lo siguiente: «Es preciso muchas veces dejarnos enseñar cosas que ya sabemos, por personas que las ignoran...»

Con todo mi buen deseo, quisiera yo que en el caso presente ninguno de los que me lean soporte a causa mía una molestia semejante.

* * *

Heidegger, hoy ya sexagenario, lanzó su obra fundamental, *Ser y tiempo*, en 1927, como una introducción, una «posibilidad» —ha dicho él mismo— a una metafísica. Esta metafísica esperada no la ha hecho pública ni quizá lo será jamás. «Como si la introducción —dice Waelhens— hubiera disipado lo que ella misma quería introducir.»

Ser y tiempo quedó como obra inacabada, como la Sinfonía incompleta de Schúbert, si se nos permite la comparación, pues lo decimos en honor de Heidegger (1).

En cambio, los «existencialistas», más papistas que el Papa, han deducido las consecuencias, han intentado acabar

(1) Escrito lo anterior, se nos dice, que Heidegger ha publicado ya la segunda parte de *Ser y tiempo*, con el extraño título de *Los vericuetos del bosque*. A juzgar por el significado, parece que el autor «emerge» de la metafísica, y se «sumerge» en el paisaje literario.

la obra; los unos, como Sartre, llegando al ateísmo declarado (autor de un centón de horrosas patologías, dice Croce de sus novelas); los otros, como Marcel, el titulado «filósofo cristiano», en Francia, y el malogrado García Morente, en España, que afirmaba (1941) haber visto en la filosofía existencialista «el camino hacia la existencia de Dios»; y Zubiri, que parece ser ha intentado proporcionar a la filosofía de Heidegger un complemento teológico.

Pero Heidegger prescinde de Dios, «ha sacudido el yugo de lo divino», se ha dicho de él. El tema de Dios no tiene cabida en su filosofía, que se nos presenta como una «teología... sin Theos». Como una antiteología.

Habría que sustituir la impotente «nada» por el omnipotente Dios para rehallar el pensamiento cristiano (1).

Las más atrevidas paradojas y las contradicciones más absurdas han contribuido, no cabe negarlo, al éxito de la moda intelectual existencialista entre los cultivadores de lo nuevo. Novedad muy relativa (2).

Antes que Heidegger, fué el patriarca danés de la paradoja, Kierkegaard, y el pontífice norteamericano de la contradicción, Emerson. Sin contar al enloquecido Nietzsche, el inventor del «superhombre», tampoco original, pues tuvo su precursor en el *Oberman*, de Senancour, el teósofo, mezcla de ateo, de tan siniestro influjo en la mentalidad del siglo XIX. Y Filon de Alejandría, hace veinte siglos, habló de un *hyperantropos* en bien distinto sentido.

* * *

(1) Es notable que el milagro de la creación *ex nihilo*, negado por el existencialismo ateo, lo intente realizar esa filosofía, que hace de la «nada», la trama de su existencia.

(2) En el siglo XIII se llamaban «existencialistas» los que ponían la razón de «individuación» en la existencia.

Entremos ya, curados de espanto, en el campo de la inquietud y de la paradoja, arrojando la sanción de mediocridad con que se nos califica a los no afiliados a esas ideologías, que ciertamente somos incapaces de comprender.

«La fe —definió Kierkegaard— es la inquietud infinita respecto a sí mismo, la inquietud precisamente de saber si se tiene fe; es esta inquietud lo que es la fe.»

Más todavía: «Ser cristiano es haber dejado de serlo...» Si a esto se llama ser pensador, ser filósofo, renunciemos a serlo de por vida. Recordamos una frase de castiza valentía con la que Menéndez Pelayo protestaba de que se le obligase a aceptar como dogmas de fe opiniones ideológicas de un doctor particular: «Si ello fuera así —venía a decir—, más vale dejar el entendimiento quieto y ponerse a tirar de un carro.»

Pedagogía de la inquietud. Así calificaba Zubiri, en un prestigioso diario de Madrid (mayo de 1936) lo que se entendía en España a principios de siglo por sensibilidad filosófica, huyendo con horror de toda afirmación verdadera. Y añadía que su maestro Ortega y Gasset «ha enseñado a preferir siempre un átomo de verdad, por tosca que sea, a la finura irresponsable de una búsqueda sin término.» Nos declaramos adeptos a esa enseñanza.

Lessing, el genial estético autor de *Laoconte*, ha debido de influir no poco en esa desviación mental de la búsqueda perenne con su máxima siniestra: «Si Dios —decía— tuviera en su mano derecha la verdad y en su izquierda la aspiración a la verdad, elegiría la izquierda.» Lamentable pedagogía.

Cierto que San Agustín, en frase inmortal, habla de nuestro corazón inquieto hasta que no descansa en Dios. Nuestro corazón, nuestra mente, hasta que no halla la verdad, que

es Dios. Pero los filósofos de la «búsqueda» sin término no quieren hallar la verdad, aunque Dios se la ofreciera en su mano derecha. No buscan el descanso, sino la inquietud.

En el trascendental diálogo del Pretorio dice Jesús a Pilato: «Para esto vine al mundo, para dar testimonio de la verdad.» Y el pagano Poncio Pilato pregunta: «¿Qué es la verdad?» Y sin esperar respuesta salió a los judíos. Había tenido delante al Maestro divino, que dijo a sus discípulos: «Yo soy la verdad.» Aquel escéptico romano no quería tampoco hallar la verdad; le bastaba con preguntar por ella, la «búsqueda» también, como los filósofos de veinte siglos después.

¿*Qué es metafísica?*, se pregunta Heidegger en uno de sus ensayos así titulado, y añade: «La pregunta hace concebir la esperanza de que se va a hablar acerca de la metafísica. Renunciamos a ello...» Esto es, que no hay que esperar la respuesta tampoco. Basta el interrogante: la «búsqueda».

Y sin embargo, como no importa la contradicción en estas filosofías, emersonianas también, afirma Heidegger a seguida: que se sumerge dentro de la metafísica misma, única posibilidad para que ella se ponga de manifiesto.

Una prueba del lamentable influjo que en las mentes más sanas producen estos pensadores desorientados, pero llenos de sí mismos, la tenemos en la *Introducción a la Filosofía*, de nuestro García Morente, que dice así, casi copiando las palabras de Heidegger: «La palabra filosofía tiene que designar algo. No vamos a ver qué es ese algo, sino simplemente señalarlo; decir: está ahí.»

Y a propósito, antes de pasar adelante hemos de hacer una advertencia sincera, para que no se interpreten nuestras palabras equivocadamente, como de imperdonable osadía, al

juzgar las ideas de pensadores adversarios consagrados por la fama. Nuestro respeto a su saber y a su genio no raya en culto hasta hacerlos ídolos. Hacemos nuestra la sentencia de Quintiliano: *Summi enim sunt, homines tamen*. «Eminencias en efecto, son, sin embargo, hombres.» Universidad de vanidades, dice del hombre nuestra mística castellana. Ofrecemos nuestra admiración espontánea para los dones de Dios con que hayan sido favorecidos, y que tan mal uso han hecho de ellos; pero ninguna adhesión para sus innegables errores.

* * *

He aquí ahora un esquema de la metafísica, de la nada, de la *nihilidad*, si se nos permite el neologismo. Y seguimos en plena contradicción: la *nada* repetida constantemente, en una metafísica de la *existencia*.

¿Qué pasa con la nada? «La nada misma *anonada*. Existir es estar sosteniéndose dentro de la nada.» ¿No es esto un juego de palabras?

Aparece de improviso una definición: «La nada es la posibilidad de la potencia del ente, como tal ente, para la existencia humana.» Renunciamos a entenderlo, a «posibilitarlo» en nuestra mente. Recordamos lo que decía Fr. Juan de los Angeles de un autor alemán: «Es tan metafísico lo que escribe, que pienso que después que lo hubieses leído te hallarás tan ayuno de su inteligencia como lo estabas antes de leerlo.»

En cambio, para ellos, los «incomprendidos», una idea tan razonable de Dios, en Aristóteles, como *Primer motor*, para el «existencialista» Jaspers no tiene sentido.

Y el mismo nombre filosófico, en hebreo, que Dios reveló

a Moisés: *Yahveh*, «El que es», tiene la osadía de la insensatez el mismo Jaspers de afirmar que es una *tautología*, sin más significación que la subjetiva, religiosa. «Pobre filosofía la que no entiende la infinita verdad objetiva de: El que es, *Yo soy El que soy...*»

Pero sigamos con la metafísica de la nada existencial que prescinde de Dios.

Dice así: «Somos existentes en tanto que arrebatamos el ser a la nada.» Esto es: sacamos al mundo de la nada. Acto creador. Nosotros mismos, sin Dios, mayor milagro todavía, «nos lanzamos a la existencia». La *nada* misma de nosotros se lanza a la existencia. No necesitamos crear existencia ninguna, está ya creada, es la *nada*.

Todo ello parece propio solamente para producir el vértigo. Recuerda esto lo del profeta Isaías (XIX, 14): *Dios mezcló en medio de ellos el espíritu de vértigo*. Y lo que decía Madame Stael de la «filosofía del yo», de Fichte. Que se parecía a la estática de Pígalión. Que al despertar tocando, ya a sí misma, ya a la piedra que le servía de asiento, exclamaba: «¡Soy yo; no soy yo!» Para complicar más la metafísica existencial se acude a la etimología: *Ex-sistir*, «estar sosteniéndose dentro de la nada». Y que el *ex-tasis*, salir fuera de sí, es un «salto hacia dentro». Y así *ex-sistir* se convierte en *in-sistir*. ¡Qué diferencia de la idea del éxtasis cristiano!

Encontrar a Dios saliendo de sí mismo. In-sistencia, en Dios realidad absoluta; *Sistencia*, que está en sí misma. In-sistimos, en Dios, sin panteísmo alguno; en *El vivimos, nos movemos y somos*, enseñanza de San Pablo. «No busques a Dios fuera de ti», de San Agustín. Es digno de notarse cómo en el siglo XII el gran místico Ricardo de San Víctor llamaba

sistencia a la Naturaleza, y al modo de ser la *persona*, *ex*. Y creó la palabra *existencia* para designar el ser personal.

¿Qué novedad para nuestra ideología cristiana es el presentarnos con «el ropaje de una nueva inquietud», como se ha dicho bien, los viejos problemas de siempre?

El citado existencialista Jaspers, para el que no tiene sentido el divino nombre de *Yahweh*, inventa una abstracción: la *transcendencia*, para significar a Dios. Como en los tiempos de los poetas homéricos de hace tres mil años, designaban los dioses: la *Justicia*, el *Amor*.

Nada de abstracciones, se nos había dicho que nos prometía la nuexa filosofía existencial. Que la escolástica no había estudiado la realidad, sino «abstracciones». Que había olvidado la «existencia» y sólo consideraba la «esencia», que no existe en realidad. Que ha olvidado al hombre concreto, al hombre que sufre, la madre que ha perdido a su hijo.

Está bien; pero para esto teníamos ya la insuperada *Consolación de la Filosofía*, de Boecio, de hace quince siglos.

Por otra parte, Heidegger, oponiéndose al concepto «existencial» de Jaspers, afirma que no le preocupa la «existencia del hombre», sino la del «ser» en tanto que tal, «esencialista» más bien (1).

* * *

Autores católicos desorientados, que simpatizan con la invención de una *Teología nueva*, nos hablan también de estudiar la «existencia» que abarca al hombre entero. Más «existencialistas» que Heidegger.

Quieren cristianizar los esquemas del existencialismo con

(1) Por esto se ha llamado «existencialismo existencialista» a lo de Jaspers; y «existencialismo no existencialista» a lo de Heidegger. ¡Una paradoja más, qué importa a la mentalidad contemporánea!

un buen deseo, sin duda, de atraer, según dicen, la increencia contemporánea hacia Dios. Pero olvidan que si bien es cierto que Santo Tomás bautizó en las aguas de la teología cristiana la filosofía pagana de Aristóteles, ahora no se trata de filósofos paganos, sino de cristianos bautizados que han perdido su fe y hablan de Dios, el que no lo niega, como si hubiera nacido antes de Cristo.

Heidegger, de familia católica. Kierkegaard, el de la «paradoja» hasta en su apellido, que significa huerto de iglesia, campo santo español, fué sencillamente un protestante luterano. Y dogmatiza como si no hubiera oído nunca hablar de Dios. «Si tu fe es falsa, Dios es falso». Y por otro lado afirma «que jamás ha tenido fe».

Existir, nos dice ese pensador que no tiene fe y, por tanto, no tiene creencia en Dios, «existir es estar delante de Dios». Y luego aparece el teólogo protestante luterano, y nos dice: «Existir es tener la conciencia del pecado, de la angustia». Y el «hombre se hace yo por el pecado».

¿Es posible cristianizar esas incongruencias?

¿Y al hombre, «al insensato que dice en su corazón: no hay Dios», según leemos en los Salmos (13 y 52), se le va a convertir, por la persuasión, hablándole de *nihilidad*, de inquietud y de angustia, y sobre todo de *dimensiones* (palabra repetida sin cesar en las nuevas filosofías)?

Más que pruebas de la existencia de Dios, se trata —dicen— de ver aquella *dimensión* en que el problema está planteado.

El vocablo Dios es aquello a que estamos religados (de *religatun*, religión). Así hablan de Dios, existencialistas que no quieren aparecer ateístas. Y que el hombre no tiene religión, sino que *consiste* en religión (*religación*).



¿Pero es eso siquiera plantear el problema de Dios? —La enseñanza de San Pablo es terminante: (*Romanos, I; 20*) «Los atributos invisibles de Dios se han hecho visibles por la creación del mundo, conocidos por la inteligencia en sus obras.» Y así, «los impíos oprimen la verdad con la injusticia.» «Pues el conocimiento de Dios existe claro en ellos.» Puesto que la creación es una especie de «revelación natural» de Dios.

Esa es nuestra auténtica filosofía cristiana. La filosofía, como el alma humana, se ha dicho bien, recordando a Tertuliano, es «naturalmente cristiana».

Encontramos en nuestra vida una luz que no es, en absoluto «angustia». Luz que ilumina a todo hombre que viene a este mundo.»

Es lo que quiso significar Clemente de Alejandría en aquella magnífica frase: «Desde que el Verbo se hizo carne, todo el mundo es Grecia, todo el mundo es Atenas.»

San Justino, filósofo pagano, como San Agustín, al hacerse cristianos, crearon la filosofía cristiana, al aceptar el cristianismo, como religión.

¿Qué necesidad tenemos de inventar una «teología nueva» «existencia lista», a su modo, para poner a tono, según parece, nuestro cristianismo, con el pensamiento contemporáneo?

* * *

¿Teología existencialista? ¡Teología sin Dios!

De Dios, ya hemos dicho, como Heidegger, prescinde de su existencia.

De la muerte nos dice que «hace sentir la vida». «Que la muerte es un modo de ser que la *Subsistencia* toma sobre sí,

en cuanto comienza a existir.» ¿Es esto decirnos algo de tema tan trascendental? ¿De dónde venimos? ¿A dónde vamos? Si la Filosofía no tiene nada que responder a estas cuestiones —ha dicho el filósofo auténtico de nuestro tiempo: Bergson— sería el caso de decir, volviendo el sentido a una frase de Pascal, que la filosofía «no vale una hora de fatiga».

Filosofía que así renuncia a responder a esos temas fundamentales del saber humano, bien ha sido llamada, filosofía de *delaissement* (del abandono), filosofía del «desastre», como lo recordó el Pontífice Pío XII al Congreso Internacional de la Filosofía de Roma (1947).

Filosofía de la *decepción*, de la *rehusa* a saber clara y rotudamente lo que interesa al hombre que piensa, acerca de Dios, y de la vida del «más allá».

¿Cómo se explica que mentes que se titulan católicas quieran llamarse «existencialistas» también?, a lo Heidegger, a lo Kierkegaard.

¡Sí, la filosofía de los cristianos «es existencial por derecho propio»! —ha dicho magistralmente Gilson en su obra: *Dios y la Filosofía*—. Nuestro Dios es el revelado a Moisés, *El que es*: para Santo Tomás el *esse*, no puede significar otra cosa, sino el ser existencial.

* * *

Se ha dicho con verdad de Platón, que en sus mejores diálogos, al llegar a un tema tan trascendente, deja de razonar y se lanza con un mito, o la imaginación. Y afirma la en su diálogo el *Convite*, que el hombre ha de conocer la ciencia, primero, como una «adivinación», como un *mito*.

Heidegger ha lanzado también su *mito*: *Sorge*, en latín

cura, el «*cuidado*», «*la inquietud*». De un verso latino: *cura enim, quia primum finxerit*, etc., en una fábula de Higinius, español, bibliotecario de Augusto. Fábula que interesó a Heidegger, y cuya síntesis es ésta: Atravesaba el *Cuidado* un río, cuando vió lodo. Tomólo pensativo y comenzó a modelarlo. Aparece Júpiter, y le suplica el *Cuidado* que le infunda espíritu al barro modelado, y quiere imponerle su nombre. Júpiter dice que es él quien tiene que nombrarle. Levántase la Tierra; y quiere darle su nombre, pues le había dado cuerpo. Interviene Saturno: Tú, Júpiter, que le diste espíritu, lo recuperarás a su muerte. Tú, Tierra, su cuerpo. El *Cuidado*, a quien lo modeló primero, *cura, quia primum finxerit...* «Poséalo mientras viva. *Homo* será su nombre, pues se ha hecho de lodo (*humus*).

Heidegger deduce de aquí que en el *Cuidado* se basa el origen del ser humano, Y que el Tiempo (Saturno) es quien decide, quien ha de poseerlo. *Ser y Tiempo*. Y acude a una carta de Séneca, en cuyo texto *alterius cura hominis*, deduce el filósofo existencial, un otro sentido por el *Cuidado*: «esfuerzo angustioso».

He aquí un filósofo, de ambiente familiar católico, en pleno cristianismo, de veinte siglos de historia, que afecta ignorar la narración del *Génesis*, haciendo suya una fábula, en que se llama Júpiter a Dios, y a una abstracción, como en el paganismo, el *Cuidado*, «angustia» que ha de poseer al hombre.

Y otro Dios pagano, el Tiempo (Saturno), que es quien decide el destino del ser humano.

La tragedia de esta filosofía existencial queda con esto al descubierto.

Sale a la palestra intelectual de última hora para lograr

el sentido del *Ser*, para decidir sobre la metafísica de la existencia. Y después de elucubraciones infinitas, de «dimensiones» de nihilidad, concluir en una fábula pagana, parodia pueril, de la narración sagrada del *Génesis*, sobre el origen del hombre.

No podemos menos de recordar la imperecedera máxima de San Agustín, filósofo de veras, comentando el *Salmó* (IV; 3): «¿Hasta cuándo amáis la vanidad y rebuscáis la mentira?» Dice así: «Bajad, a fin de que podáis subir hasta Dios; ya que caísteis subiendo contra él.»



LA OBRA
DEL
ESPIRITU

